



### EL BUNDELKAND.

El Bundelkand, en otro tiempo una de las provincias del Allahabad independiente, se extiende desde el Agrah hasta Malwa. La mayor parte de este territorio, invadido por los ingleses, se halla hoy comprendido en la presidencia de Calcutta. Banda, la capital del país, está situada en la ribera del Klane. Una de sus fortalezas, la de Adjlgar, es notable por su posición. Construida sobre una roca escarpada, de cerca de 300 metros de altura, siguen sus muros los contornos irregulares de la meseta más elevada. Antes de la invasión inglesa, había sobrado siempre para defenderla un reducido número de hombres; bastábales con desprender fragmentos de roca y dejarlos caer sobre sus enemigos.

El paisaje de Bundelkand es de inmensa belleza: la vegetación, rica y vigorosa, está en admirable armonía con los restos de los templos y de los sepulcros, testigos aún del gusto y magnificencia de la antigua India. Las perspectivas son de una variedad encantadora. Frecuentemente el viajero, después de haber atravesado sombríos desfiladeros, quebradas profundas entre montañas, que por ambos lados forman terrazos, y dominadas por ruinas, llega de súbito ante una vasta llanura en donde superficies bellísimas de aguas tranquilas y puras reflejan los esplendores todos del cielo. Más lejos atraviesa inmensos bosques cuyo silencio se halla únicamente turbado de tiempo en tiempo por los espantosos bostezos de los tigres, los ahullidos de los lobos ó los silvidos de las serpientes. Un viaje nocturno por aquellos países ofrece á cada paso contrastes que

producen en el alma impresiones de un encanto indeleble. Nada es comparable á la belleza de las noches en el Indostan; dice el misionero Perrin. El cielo se vé constantemente esmaltado por millares de estrellas; una luz dulce y tranquila permite distinguir la mayor parte de los objetos. Sucede además frecuentemente que se roba la noche entera al sueño, entregándose en cambio al descanso durante los ardores del siguiente día. El sol, cambiando el aspecto de la naturaleza, suele embellecerla también, pero al propio tiempo esclarea las tristes escenas de una decaída civilización. Parece que todo debía invitar á la calma y á la felicidad en un suelo fértil que se cubre casi por sí mismo de frutas y de mieses, y que oculta en su seno minas de diamantes, rivales de las de Golconda. Pero un solo hecho indica al observador extranjero que no sabe aprovecharse el hombre de las liberalidades de la Providencia divina. Véase continuamente armados á los habitantes; el labrador conduce su arado sin abandonar el sable, la lanza, ó el mosque. La ignorancia, la miseria, la esclavitud, las disensiones intestinas ejercen sus estragos hace muchos siglos en aquel bello país. La anarquía ha convertido una mansión de delicias en lugar de sufrimientos.

DE LA ÉPOCA EN QUE COMENZO Á HACERSE USO DEL CABALLO EN DIVERSOS PAÍSES.

Mucho ha sido el trabajo que he empleado en procurarme las nociones necesarias para descubrir cuál fué el país en que comenzó á convertirse el caballo en animal doméstico.

13 DE MAYO DE 1849.

no, y por quien, ó al menos en qué época ha sido adiestrado para la caza: sin embargo, todos mis afanes quedarían colmados, si fuesen de algún interés para mis lectores los resultados de las investigaciones que aquí les presento.

Aparece como indudable, que en el Egipto y no en la Arabia, es donde debemos buscar las primitivas huellas del caballo; puesto que respecto de este país recibimos las primeras nociones por la vía misma de la Sagrada Escritura.

Leemos en el lib. I de Moisés, cap. 47, v. 17: «y Joseph les dió (á los Egipcios) pan para sus caballos.» Hé aquí el primer indicio que se nos dá acerca de la domesticidad del caballo, y que nos prueba que se ocupaban ya en Egipto de la cría caballar en 1102, antes de la era cristiana.

Remontándonos mas arriba aun, en 1689, leemos en el mismo libro: «E iban en su comitiva carros y caballos.»

Posteriormente, cuando abandonaron los hebreos el Egipto para sustraerse á la esclavitud, al atravesar los desiertos para llegar á la tierra de promisión, vemos que Dios, por la voz de su profeta legislador, les prohibió espresamente el uso de los caballos, con el fin de evitar el que entrasen en relacion con los egipcios: «Pero que no tenga (el rey) muchos caballos para su uso, y así no hará que renueve el pueblo su comercio con los egipcios al ir á comprarlos.» (3 lib. de Moisés, 17, 16.)

Después que Saul fué elegido rey de Israel, es decir, 1095 años antes de J. C., condujo su ejército contra las tribus árabes; y parece que no se hacia aun uso en ellas del caballo, puesto que, en la enumeracion del botin que cogió Saul en aquella expedición, se hace únicamente mencion de camellos, de asnos y de carneros.

En el capítulo IX del 2.º libro de las Crónicas, se nos dice: «que Saloman imponía tributos de oro y plata en la Arabia y de caballos en el Egipto. Y nada probaria mejor que esto en nuestro juicio, que el Egipto era entonces el único país rico en caballos, y en donde, por consiguiente, se hallaba mejor establecido su uso. Lo que prueba ademas que no fueron conocidos en la Arabia hasta mucho tiempo después, es que en el séptimo siglo (de nuestra era), cuando Mahoma combatió con la tribu de Koreisch, le cogió únicamente 24,000 camellos y 40,000 carneros; y, sin embargo, de haber habido caballos en el país, aquella tribu hubiera sido la primera á tenerlos; además que no solo no se cogieron caballos en el botin, sino que se dice que solo eran dos los que llevaba en su séquito el profeta.

En cuanto á saber cuál ha sido el primer pueblo en que se sirvieron del caballo para montar, es punto de muy difícil solucion; pero nada mas cierto, aun cuando esta asercion pueda aparecer como dudosa, que antes de todo fué empleado en el tiro.

En 1280 antes de J. C., segun el libro de los Jueces, el pueblo de Canaan se servia de caballos cuando hacia la guerra. El rey David tenia caballos en sus ejércitos; sin embargo, parece que no los tenia en grande estima, á juzgar por muchos pasajes de los salmos (1) y la orden que dió, después de haber vencido á los sirios y cogido un gran número de carros de guerra con 300 caballos, de no reservar sino 100 y mutilar los otros, cortándoles los tendones.

Se trata de saber ahora si los cananeos y los sirios tenian aquellos caballos para montar en ellos ó para tirar de sus carros de guerra.

Los que son de opinion de que los montaban, citan en apoyo de su parecer, el pasaje mencionado mas arriba, con motivo del viaje que hizo Joseph para asistir á los funerales de su padre: «Tuvo tambien en la comitiva carros y gentes de á caballo; y se formó un gentío no pequeño.» Ademas se dice en efecto con referencia al paso del mar Rojo, que siendo perseguidos los hebreos por los egipcios, se volvieron las aguas y cubrieron los carros y la caballería de todo el ejército de Faraon, que habian entrado en su seguimiento. No obstante, una sola palabra viene á destruir las conjeturas que en esto pudieran fundarse: y es que nosotros traducimos, con mucha impropiedad, por la palabra *caballería*, la que, en el lenguaje de aquel tiempo, significa *conductor de carro*.

Pasando á otros pueblos y consultando los escritores griegos, vemos que Sesostris fué el primero que enseñó la manera de adiestrar un caballo y de montar en él.

En tiempo de Salomon, el precio de un buen caballo era el de 150 siclos (1100 á 1300 rs.), suma muy considerable en aquella época. Xenophonte refiere que pagó á 300 *denk* (1400 rs.) á Sientes de Turacia el caballo que montaba al volver de la expedición de Babilonia.

Después de los egipcios, los asirios fueron los ginetes mas afamados de los tiempos antiguos, y en muchos pasajes de la escritura se hace mencion de ellos como de tales.

Detrás de estos, los Persas fueron quienes adquirieron mejor reputacion. No obstante, Xenophonte nos dice que antes del reinado de Ciro, ya fuese por el mal estado de su tesoro, ya por las dificultades que presentaba lo montañoso del suelo para la cría del caballo, carecía casi de ellos; pero que después, animados por su propio ejemplo, se hizo general la afición por los caballos. Algunos avanzan hasta pretender que la Persia debe su nombre á la predilección de sus habitantes por los ejercicios ecuestres, y que se deriva de una palabra caldea, *Perech*, que significa *caballero*. Tanto entre los persas como entre los asirios, parece que se multiplicó la raza de estos animales de una manera extraordinaria, á juzgar por lo que se nos dice de una *piara de 150,000 caballos que se apacentaban en una llanura*. Los de Nicea, de los cuales se servian los reyes de Persia en sus campañas, eran mirados entonces como los caballos mas hermosos del mundo.

Así pues, siguiendo el hilo de nuestras investigaciones, vemos pasar el caballo (y la manera de adiestrarlo) desde los egipcios á los asirios y á los persas; de Asia á Cappadocia, al país de las Amazonas y al Helesponto, punto en el cual lo cuidaban con un particular esmero; porque lo consideraban como el animal mas hermoso de la creación, y digno, por lo tanto, de servir de victima en los sacrificios que le ofrecian al sol. Desde el Helesponto, pasó el caballo en pos de las poblaciones que se corrieron hacia el occidente, á Frigia y á las costas meridionales de Propontido; de allí, con el famoso Pelops, á Thesalia, en donde causaron un gran terror á sus primitivos habitantes, que los creyeron al principio seres extraordinarios, imaginando que el caballo y el ginete eran *un solo ser*.

Virgilio quiere que sean los lapitas los primeros que domaron, adiestraron y montaron el caballo; en sus *Georgicas*, III, leemos lo que sigue:

Primus Erichtonius cursus et quatuor usus  
Jungere equos rapidisque rotis insistere victor,  
Frena Pelethronii Lapitha gyroque dedere,  
Impositi dorso atque equitem docuere sub armis,  
Insulare solo et gressos conglomerare superbos.

Los antiguos tenian la costumbre de marcar sus caballos con una sola ó con muchas letras, ó bien sino con algun signo simbólico. Las señales mas ordinarias eran  $\Sigma$  (*sigma*),  $\text{K}$  (*Kappa*), y una cabeza de buey. Los caballos así marcados se designaban por los nombres de  $\Sigma\mu\phi\omega\pi\epsilon\varsigma$  (*Symphones*),  $\text{K}\alpha\pi\pi\alpha\iota\omega\iota$  (*Kappaioti*) y  $\text{B}\omega\kappa\epsilon\phi\alpha\lambda\omega\iota$  (*Bucephaloti*). De aqui proviene, segun muchos autores, el nombre del caballo de Alejandro el grande; no obstante Allus Gellius pretende que esta costumbre no influyó en ello para nada, y que se le llamó Bucefalo á causa de la semejanza de su cabeza con la de un buey.

Llegado que hubo á Europa, no tardó en propagarse el caballo con una rapidez tan grande, que no solo se difundió su uso por todo el continente, sino que tambien en todas las islas que de él dependian. Citaremos por ejemplo, que, cuando iniciaron los romanos su irrupcion en Inglaterra, se encontraron á los habitantes armados y preparados á recibirlos sobre carros de guerra de una construccion destructiva y arrastrados por caballos, lo cual prueba bien que se hacia uso de ellos de largo tiempo atrás.—A la mano he tenido escritos irlandeses, que atestiguan asimismo, que sus autores se hallaban perfectamente instruidos en el empleo del caballo.

Es muy probable que, aun antes de llegar á domarlo, hubiesen presentado ya nuestros antepasados la utilidad que podian sacar de él en la caza, para seguir á los perros adiestrados en este ejercicio.

Hacian correr poco á los perros quitadores, y esto por la razon sencillísima de que los seguia el cazador *á pie*; aunque, segun lo que hallamos en las monedas y aun en otros *faucismos* de aquellos primeros tiempos, el perro de caza no era entonces otra cosa que un *co-agente* del freno, es decir, que servia únicamente para descubrir la caza por el olfato, cuyas huellas, *teniéndolo atraído*, seguia el cazador bas-

(1) *Videtur salmo penitentialis: Beati quorum reversis. Nunc fieri secum equus et mavis, quibus non est intellectus. In chama et freno maxilla curam, consingit qui non appropinquat ad te.*



la matarla. Esto se entiende solo respecto del perro de parada; porque el uso del lebral es mucho mas antiguo.

Tan pronto como fué adiestrado el caballo para la caza, se necesitó aumentar la celeridad de la carrera de los perros; poco á poco quisieron añadir los cazadores á esta raza un *talido melodioso*: y hé aquí ya el origen de las *cuadrillas regulares*. Bien pronto se alzaron los ejercicios de caza á un grado de perfección que en nada cedía al refinamiento de nuestros *sportsmen* modernos.

Háime sido imposible obtener reseñas tan satisfactorias como hubiese deseado acerca de las primeras caza de caballo.

Palaquatus nos hace con este motivo la narración siguiente en su libro: *De incredibilibus historiis*.

«En tiempo de los reyes de Tessalia, acaeció que una manada de toros, que pasaba por el monte Pellion, fué presa de la rabia y comenzó á devastar todo el país de los alrededores. Irión prometió una recompensa considerable á los que concluyesen con aquellos animales. Algunos jóvenes del lugar de Nephelé, imaginaron que el caballo podría serles de grande utilidad en una ocasión semejante, si conseguían adiestrarle; por lo tanto dedicáronse á adiestrar algunos y probaron á montarlos; cosa muy extraordinaria á los ojos de todos, porque hasta allí solo se habia servido de estos animales para que tirase de los carros. Ya bien ejercitados y asegurados de sus monturas, lanzáronse aquellos jóvenes en persecucion de los toros; y favorecidos por la veloz carrera de sus caballos, concluyeron por esterminarlos todos; de lo cual les provino el nombre de *centauros*, —picador de toros.

El nombre del pueblo de donde salieron aquellos jóvenes añadió tambien algo á la fábula á que dió origen el mencionado acontecimiento. *Nephelé* significa *nube*, de donde Virgilio llamó ingeniosamente á los centauros: *Los hijos de las nubes*, y muy pronto acreditó la fama que eran los hijos de Irión y de una nube. Esto no obsta para que algunos autores aseguren que aquellos monstruos, mitad hombres y mitad caballos, han existido realmente. Plutarco nos habla de un *centauro* que habia sido visto por Perianro de Cornuba. Plinio (VIII, 3) nos dice haber visto el mismo uno, que habia sido transportado desde Egipto á Bama enteramente embalsamado (y además añado) con miel.

Cuando llegaron los españoles á Méjico, sus ginetes produjeron un gran espanto en los habitantes de aquel hemisferio; los tuvieron como ya habia sucedido en otras ocasiones, por monstruos extraordinarios; y aun despues de haber salido de su error, los magicanos creyeron durante mucho tiempo que los caballos eran animales carnisvoros, y que devoraban á los enemigos que sus dueños mataban en las batallas. Cuando relinchaba un caballo, decian ellos que era para pedir carne humana.

Los romanos que hicieron bajo César la conquista de la Gran Bretaña, hallaron ya una porción de caballos que tuvieron por tan excelentes, que se llevaron infinidad de ellos consigo á Roma. César habla en muchos pasages y con elogio de la fuerza y del fuego que los distinguían.

Segun Beda, en 630 fué cuando se puso la primera silla al caballo en Inglaterra, y cuando comenzó la moda de montar en él.

En el reinado de Athelstan, segundo sucesor de Alfredo y su hijo natural, comenzaron á ocuparse con un esmero especial en la cria del caballo. Hugo-Capeto, al pedir á Athelstan la mano de su hermana, le hizo presente de algunos caballos de Alemania.

El año de 930 apareció en Inglaterra un edicto que prohibía la esportacion de caballos, excepto en los casos en que quisiese hacer presente con ellos el soberano al extranjero. Desde aquella época comenzaron á importar caballos de simiente, para procurarse la mejora de las razas del país.

Howel Dhue (ó el bueno) de Wales se ocupó de fijar el precio de los caballos y de otros animales domésticos, para poner coto á algunas supercherías que indudablemente tenían lugar. Bajó en mucho el precio del caballo y estableció que se concederian al comprador *tres dias* para asegurarse de que el animal no padecía de vértigo, *tres meses* para cerciorarse del estado de sus pulmones, y *un año* para la seguridad de que no se hallaba atacado de muermo. ¿Dónde irian á parar nuestros chalanes con una orden por el estilo de esta?

Hallamos en un documento muy original del año 1000, un reglamento del mismo Howel Dhue, segun el cual: «El

que hiciese morir voluntariamente ó por negligencia un caballo padre, pagaria como en resarcimiento 30 schelines; una yegua ó un potrillo, 20 schelines; una yegua ó un potrillo que no sirviesen aun, 5 schelines; una mula ó un asno, 12 schelines; un bucy, 2  $\frac{1}{2}$  schelines; una vaca, 2 schelines; un cerdo,  $\frac{1}{2}$  schelines; un novillo, 48 schelines es decir, segun la moneda de hoy día, de 10 á 12 libras esterlinas.»

Otra ordenanza de aquel buen príncipe:

«Si toma alguien prestado un caballo, y por causa del poco cuidado, se le hace una *desolladura* en la espina dorsal, pagará en indemnizacion 4 stübers; si la tal *desolladura* se ha interiorizado mucho en la carne, pagarán 8 stübers; si profundizase la herida hasta el hueso, pagarán 16 stübers.»

Las carreras de caballos se pusieron en boga en Inglaterra bajo el reinado de Enrique II; la arena principal era entonces Shmithfield. Ricardo Corazon de Leon, fué el primero que importó en el territorio inglés la raza pura oriental; trájose en su séquito dos caballos padres de la isla de Chipre, notables por su fuego y su belleza; sus antecedentes genealógicos eran en verdad desconocidos, pero lo que está fuera de duda es que fuesen árabes, pues que entonces, y de mucho tiempo atrás, se hallaba la Arabia en posesion de las mejores razas.

Eduardo III tenia muchos caballos de carrera llamados *running horses*, para distinguirlos de los pesados y fuertes, de que se servia para la guerra y para la agricultura.

Enrique VIII sea que fuese muy amante del fausto, ó que sintiese gran pasion á los caballos, exigia que todos sus señores tuviesen un cierto número de caballos, segun su rango ó condicion. Los arzobispos y los duques debian tener siete caballos de silla, de la misma alzada, es decir, de 14 palmos de altura. Todo eclesiástico cuya renta se elevase á 100 libras sterlinas, ó bien todo particular cuya mujer llevase capucha á la francesa ó mantileta de terciopelo, estaba obligado, bajo multa de 20 schelines, á tener un buen caballo trotador.

En cuanto á los carruajes, el conde Arundel fué quien introdujo la moda en Inglaterra, en tiempos de la reina Isabel; hasta entonces iba esta á caballo á la iglesia, teniendo delante de sí á un escudero. El uso de los coches y de los carruajes aumentó bien pronto la necesidad de los caballos; y á fines del mismo reinado ya dió la cámara alta un bill para reprimir el excesivo abuso de carruajes.

Jacobo VI estableció las carreras públicas, de las cuales eran teatros ordinarios Gortely en el Yorkshire, Croydon cerca de Londres, y Theobalds en Enfield-Chase. El peso dado al jockey era el de 140 libras.

Casi siempre consistia el premio en una campanilla, al principio de madera, y de plata despues, con el mote: *A bear avay the bell* llevar la campanilla, por ser vencedor.

Cuando Guillermo III subió al trono, fundó una academia de equitacion.

La reina Ana protejió del mismo modo las carreras, y por consecuencia la cria caballar. Su esposo, el príncipe de Dinamarca, tenía singular afición á la carrera y á la caza.

Jorge I dejó de dar *rosetes*, reemplazándolos con una suma de 100 guineas.

En el reinado de Jorge II fué muy desatendido el caballo, y la equitacion decayó extraordinariamente.

Jorge III elevó, en cambio, uno y otra. Hizo disponer un parque real, en el cual se entregaba él mismo á diferentes ejercicios de equitacion en compañía de muchas personas de la nobleza. A él se deba la fundacion de la primera escuela de veterinaria en Inglaterra; el principal profesor de ella fué M. Vial de Saint-Hel.

Jorge IV era un cumplido caballero, y bajo su reinado alcanzaron los ingleses en el arte de la equitacion, una perfeccion á la cual no podría aspirar nacion alguna.

Jorge V contribuyó tambien á su mejoramiento, aun cuando no fuese gran ginete.

La reina Vitoria es hoy día la amazona mas cumplida; su esposo, el príncipe Alberto, tiene igualmente una afición muy pronunciada por la equitacion, de la que se satisface perfectamente, así como de la de la caza.

## LA TIZONA,

FAMOSA ESPADA DEL CID.

Las hazañas y renombre del celebrado Rodrigo Díaz de Vivar, llamado además el Cid Campeador, son y serán siempre objeto de admiración de nacionales y extranjeros, y constituirán una de las más bellas páginas de la historia de España, país tan fecundo en héroes, que á semejanza de los de la primitiva antigüedad han rayado casi en lo fabuloso por lo increíble de sus hechos, abultados después por las generaciones venideras, que los han encomiado en sus cantos y leyendas. El Cid ¡voz mágica que representa á la vez el valor, el heroísmo y la lealtad castellana! Todo lo del Cid es grande y respetable. El célebre monasterio de Cardena, sepulcro por tantos siglos de sus cenizas, de las de la célebre doña Jimena su esposa, y casi toda su parentela; Burgos, la venerable cabeza de Castilla, donde está la casa y solar del mayor de sus guerreros; Valencia, Toledo y tantos otros puntos, testigos de sus empresas, cobijan aun bajo sus muros recuerdos indelebles de la existencia y huellas de Rodrigo Díaz. A más de sus mortales restos, cuya autenticidad, solo un hombre se ha atrevido á disputar, aun quedan en el día objetos que fueron de su pertenencia, y que una constante tradición los conceptúa como tales sin que de aquellos mismos resulte opinión en contrario. No existe, y si solo pertenece á la historia el decantado Babieca, corcel insigne á cuya celebridad no ha llegado ningun otro animal de su especie; pero si nos queda aun otra prenda más identificada con el héroe de Castilla; aun existe la *tizona*, espada que compartió con la *colada* el honor de que



la empuñase aquel brazo, terror de la morisma. La crónica de estas armas es la crónica misma del Cid, de ellas se hace mención en todas sus batallas, desafíos y contiendas, y ellas por último fueron siempre la alhaja de predilección, y como si dijéramos, el talismán sagrado que condujo á la victoria y abatió siempre el orgullo y la pujanza de los enemigos de Rodrigo. De ambas espadas, la que actualmente nos ocupa y cuyo dibujo va al frente de este artículo, es la *tizona*, de la que al presente es poseedor el Excmo. Sr. marqués de Falces, en cuya casa, desde hace varios siglos, ha permanecido vinculada esa joya histórica y arqueológica, sobre la cual daremos enantas noticias nos han dejado transmitidas las antiguas y respetables memorias, juntas con las tradiciones populares.

En la Armería Real de Madrid se conserva otra espada que se tiene vulgarmente por la colada del célebre Campeador; pero entre esta y la que es objeto de este escrito, media una notable diferencia, no pudiéndose decir de la *tizona* lo que justamente observó Mr. Jubinal al dar á luz el diseño de la supuesta colada, en la descripción de la Real Armería ( lám. 30 de aquella colección ) demostrando que la tal tradición forma un visible anacronismo de muchos siglos con la forma y hechura del arma que se atribuye á aquel célebre guerrero, en vez de pertenecer á su época debía fabricarse á mediados del siglo XVI.

« Por el contrario vista detenidamente la que justamente se cree la *tizona* del Cid, que examinamos y comparamos, prosigue el mismo Jubinal, con las de Pelayo y de Bernardo del Carpio, que existen en la misma armería y que también han sido publicadas, se nota al punto la analogía que existe entre ellas; basta observar la sencillez de su empuñadura, que tiene alguna semejanza con la cruz que forma el distintivo de la orden militar de Santiago, y por último, su dimensión que solo es de tres pies, cuatro pulgadas y seis líneas, medida española, desde el pomo á la punta, para hacer muy probable la opinión de que esa arma es la legítima y verdadera *tizona*, pertenencia del valeroso caudillo cuyos extraordinarios hechos tocan en lo fabuloso y que vivió en época en la que las armas eran cortas y los brazos esforzados.»

« No traeremos como una prueba incontestable de su autenticidad la inscripción que se lee en la hoja de esta misma espada: *Esta es tizona, fué hecha en la era de mil é cuarenta*, aunque no es tan fácil grabar en una hoja templada; pero si es de gran peso la autoridad de los autores españoles, y á más de eso, el aprecio y veneración con que se ha conservado y se conserva en la ilustre casa de los señores marqueses de Falces, una de las primeras de Navarra.»

Hasta aquí Mr. Jubinal, cuyas observaciones hemos encontrado exactísimas al examinar de nuevo y con el mayor detenimiento, tanto la una como las restantes armas citadas por ese juicioso escritor, á lo cual tan solo añadiremos que la tradición de la autenticidad de la *tizona* es constante en toda Navarra, y que como prueba de respeto sirve aun esta gloriosa espada, para que sobre ella tomen posesión de sus estados de Falces los nuevos sucesores.

El estado de conservación de esta curiosa arma es bastante bueno; la empuñadura es de hierro enteramente negro; la hoja de dos filos, delgada, tersa y flexible, y la vaina que la encierra es evidentemente moderna.

Supuestos estos preliminares, la imaginación puede ir, á la vista de tan curioso monumento, remontarse hasta su origen y una por una saborear con gusto las glorias que van unidas á esta espada respetable. En los romances y crónicas caballerescas consta la ocasión y época en que adquirió el Cid las dos espadas, de que tanto aprecio hacia; las que dió como en dote á sus hijas al casarlas con los infantes de Carrion, y á quienes despojó de ellas muy luego el mismo suegro, atendida la conducta infame y villana de aquellos malos caballeros, y al recobrarlas, estrechándolas contra su pecho las dirigió este sentido apóstrofo: « ¡ Ah las mis espadas colada é *tizona*! por verdad puedo decir por vos, que sois las mejores espadas que hay en España, é yo vos gané, ca ¡ las non hube por compra ni por cambio; á vos *tizona* gané » del rey Juñez de Marruecos, el día que lo vencí cerca de la ciudad de Valencia y lo encorré en el castillo de Fuenaviteja, é á vos colada gané el día que prendí al rey don Pedro de Aragón y al conde don Ramon Berenguel que vos traía; vé por honor á mis fijas di vos con ellas en guarda á los infantes de Carrion; mas vos non érades para ellos ca vos traían fambrintas, é non vos cebaron de las carnes como asoladas ser cebadas etc.»

El romancero del Cid en el núm. 67, cuenta todo esto poco más ó menos en los propios términos y de la manera siguiente:

En las ciberas de Toledo  
de la fuaxon entregadas  
ante el VI rey Alfonso  
por los condes las espadas,  
en colada son ellas (el Cid)  
sio facturas de morrechas:  
« ¿ Dá estas, mis queridas prendas?  
¿ Á dó están mis prendas dadas?  
No caras porque os compré  
por dinero, ora ni plata;  
mas caras porque os gané

con el poder de mi cura.  
Del rey novo de Marruecos,  
siendo Valencia cercada,  
y vos mi espada *tizona*,  
que vos traía en su guarda,  
y el conde de Barcelona,  
é vos os gané colado  
cuando los tomé á los moros  
los castillos de Brianda.  
Yo nunca os he cobradas;  
antes, por la fe cristiana.



en la caracana gente  
se leja siempre caballer.  
A los grandes no se venos,  
por ser joyas tan preciadas,  
nos di, y ellos tan pedados  
os fieren de una llamada.  
Non creáis para ellos  
que vos fieren afrontados,  
por de dentro muy fambrientos,

Hablando Jimena en las mismas cortes sobre las espadas, dice al Cid lo siguiente en el romance 33.

Cobrad vuestras dos espadas  
para Bernardo y Ordoñez,  
que ellos pondrán en sus fillos  
el uso de vuestras gualdas;

por de fuera paracordas)  
libres están de las manos  
que os están cantando.  
El Cid no mira en los cortes  
donde se oye mas honradas.  
Dijo, y a Pedro Bermudez  
y a don Alvar Fajos llamó,  
y manda que se las guarden  
mientras las cortes duran.

Se van de fuego mio  
tu fozon las fozas,  
y la fozas sobra  
lo macho de las pasiones.

A este famoso juicio entre el Cid y los Condes, siguió luego el desafío entre Pedro Bermudez y Martín Antolíñez contra aquellos:

ROMANCE 72.

\* A los Condes los pesó  
de lo que el Rey les avisó.  
La batalla y la guerra  
el Rey supliendo habían

que non miran en la tiz.  
que era macho en yalta.

ROMANCE 77.

Y ya demoraba en tierra  
Fernán González cabo  
por las manos del caballo,  
asido a la misma silla,  
la lanza cubra de él,  
mano a tierra ponía,  
dijo a Fernán González:

« Traitor, perderte la vida,  
y el, conueniendo la espada  
que el buen Bernardo traía,  
lanzándose de la muerte,  
y antes que le diere herida,  
dijo: « Yo soy venado  
y por tal me conoza.

En otros varios romances se hace mención de la tizona:

ROMANCE 9.

Una guerra de guerra  
con una pluma de gallo,  
llevaba puesto un tizonazo  
de felpa todo aferrado,  
la tizona rabitosa  
del mundo terror y espanto,  
en fozos sueros traía  
que cubrían cuatro cuartos

Y el Rey meiga su caso  
antes que busque la guerra,  
que no me faren cobardes  
el mi amor y la mi guerra,  
que non traigo siempre al lado  
la tizona que a Jimena. (R. 27.)  
Espira en Dios que mi brazo  
ha de hacerle rico miazaras  
la mano apriete a tizona  
y el talon fiero a Balaica. (R. 40.)

Esta misma tizona fué la espada que llevó el Cid asegurada en su mano cuando después de muerto, lo presentaron a caballo en la salida que hizo la guarnición de Valencia, sitiada por los moros, sobre lo cual no se hizo mas que lo que el mismo Rodrigo dejó dispuesto antes de la batalla y ya próximo a espirar:

ROMANCE 74.

Y desde esto faze hecho  
Esbirros se escultrien,  
Bastido muy bien trazar  
y pondría mi cuerpo enocho  
apuestamente guardado

Y abroxiemo de tal guisa  
que non pueda del caer  
atropax faga aromeida.  
En la mi mano derecha  
tizona a mi ponía,  
y don Berónimo, obispo  
a un lado de mi iría, etc.

En el monasterio de Cardena, en la pared cercana al sepulcro del Cid hay un epitafio antiquisimo en que se hace mención de esta jornada y de las espadas, puesto en boca del Cid:

Cid Ruiz Diez so que yago aqui enterrado a venci al rey Bucar con treinta y seis reyes de paganos. Estos treinta y seis reyes, los veinte y dos murieron en el campo, vencillos sobre Valencia, desde yo muerto encima de mi caballo. Con esto son setenta y dos batallas que yo venci en el campo. Gané a colada y a tizona, por ende Dios sea loado. Amen.

Aunque a tan maravillosas leyendas no se de mas fe que la de tradiciones populares, su antigüedad sin embargo hace a cual mas recomendable la espada que aun existe de aquel celebrado caudillo. El P. Moret diligentísimo cronista, y erudito investigador de las antigüedades de Navarra, cita igualmente esa arma con estas palabras: «la espada celebrada con el nombre de tizona como se ve en ella misma y vinculada en el mayorazgo de los marqueses de Falces que la conservan en su palacio de Marcilla» etc (4).

Restanos averiguar cómo y de qué manera ha podido trasmitirse esa arma desde el Cid hasta uno de los Peraltas, de cuyo ilustrísimo linaje descienden los actuales marqueses de Falces, y sobre esto, a falta de auténticos documentos, de que carece el archivo de esa casa, deben tener lugar las conjeturas o inducciones históricas, que formen nuestra opinión. Consta por los Anales de Navarra que muerto ale-

vosamente, en 1076 el desgraciado rey don Sancho, llamado el de Peñalen, por el nombre de la roca desde donde fué precipitado por sus hermanos don Alonso y doña Hermesenda, quedó vacante dicho reino, del cual se apoderaron y entre sí repartieron, el rey de Aragon y don Alonso VI rey de Castilla, haciéndose este artemas cargo de la familia del difunto que consistía en los dos hermanos citados y en don Ramiro su primo, hijo de don Garcia VI, nieto de don Sancho el mayor, dos hermanas suyas y los dos niños infantes Garcías, hijos de aquel, todos los cuales siguieron su corte y firmaron en los privilegios de aquella época, habiendo casado el mismo don Alonso VI a una de las infantas llamada doña Urraca con el conde Garcia Ordoñez, su privado.

Este infante don Ramiro, dicen las crónicas y memorias antiguas que fué el que casó con una de las hijas del Cid, a quienes más llaman Elvira y otros Cristina, y que tuvieron un hijo llamado don Garcia, el cual consta que se estableció en Toledo y fué ducho de tierras y heredamientos en aquella ciudad por mereced del conquistador de ella don Alonso, y al cual le llama vulgarmente el *desheredado* por verse privado de un reino que legítimamente le pertenecía y que en su mayor parte disfrutaron los reyes de Aragon don Alonso y don Pedro Sanchez.

En las memorias del tumbo negro de Santiago se comprueba este enlace con estas palabras:

«El mio Cid ovo moñiller Doña Jimena, nieta del rey D. Alfonso hija del conde D. Diego de Asturias et ovo en ella un fillo et dos fillas, et el fillo ovo nombre Diago Roiz, et amataronlo en Consuegra los moros: de las fillas la una ovo nombre Dona Cristina, la otra Dona Maria; casó Dona Cristina con el Infant D. Ramiro, casó Dona María con el conde de Barcelona. El Infant D. Ramiro ovo en Dona Cristina fillo al rey D. Garcia de Navarra al que dijieron Garcia Ramirez. El rey D. Garcia tomó por mujer a la reina Dona Magelina é ovo della fillo al rey D. Sancho de Navarra. Este rey D. Sancho tomó por mulier la filla del emperador Despana, et ovo della fillo al rey D. Sancho, que agora es rey de Navarra.»

Otros dicen que el don Garcia el *desheredado*, de que acabamos de hablar, casó en Toledo con una hija del famoso Alvar Fajez Minaya, alcaide que fué de Toledo y uno de los guerreros mas valientes que acompañaron siempre al Cid, el cual segun aparece por los romances y crónicas antiguas debió heredar de aquel caudillo la tizona que ninguno mejor que él fué digno de poseer.

Si se da la opinión que se quiera, todas las tradiciones y memorias antiguas confirman y están apoyadas en la idea de que una de las hijas del Cid, heredera ya por sí, ya por alguno de sus maridos de una de las espadas de su padre, enlucó con la familia Real de Navarra, cuya corona, restaurada y vuelta a ser independiente en los tiempos de don Garcia Ramirez debió ser la dueña de tan preciosa alhaja.

Hasta aun por averiguar en qué época y por qué rey pudo darse esta arma tradicional, y pasar a poder de la familia de Peralta, por cuyo linaje y descendencia la poseen los marqueses de Falces. El P. Moret en sus investigaciones históricas de Navarra, consecuente con esto, cree que la donaria algun soberano de ese estado «a algun ascendiente del linaje de los Peraltas por cualquier servicio relevante.»

Para confirmar esta conjetura del erudito y sábio cronista sería de desear copia de la carta real en que se hiciese esta donación; pero aunque no se ha encontrado en los archivos de la casa documento alguno que pueda llenar en todo ó en parte este vacío, basta saber que Mosén Pierres de Peralta llamado el viejo, fundador de esta casa en España, vino de Francia a casarse con doña Leonor de Navarra, hija de Carlos, rey de Navarra y duque de Nemours; que su hijo del mismo nombre llamado el mozo, condestable de aquel reino estuvo casado en segundas nupcias con doña Isabel de Fox, prima de la reina doña Catalina, así como en primeras lo había estado con doña Ana de Brabante, hija del duque de Borgoña, y si ademas de estos enlaces se recuerda el grande influjo que tuvo dicho condestable en los negocios políticos y militares de la época, se podrá inferir sin violencia, y a falta de otras pruebas, el modo honroso con que pasaria a sus manos la célebre tizona de las de cualquiera rey ó príncipe de Navarra de ese tiempo, y por qué se conserva este objeto monumental en su descendencia, juntamente con el baston de condestable, con las llaves del castillo de Agreda que conquistó, y con una cota que es fama se despidió al emperador Carlos V y puso con sus propias manos a un

(4) Investigaciones históricas de Navarra, tomo único, página 567.

don Luis de Peralta, descendiente de aquellos, quien todavía mancebo y entrando sin armadura en una de las infinitas batallas que se dieron durante las interminables guerras de Alemania, fué herido á presencia de aquel monarca.

Los gloriosos recuerdos que llevan consigo estos preciosos objetos que han sobrevivido á los trastornos y vicisitudes de las épocas de destrucción y vandalismo que la España ha atravesado, son un timbre y nuevo blason para las casas ilustres que afortunadamente aun los poseen, y las que en ese caso se encuentran deben á todo trance conservarlas, ya como monumento arqueológico, ya tambien como prenda de nobleza, y del valor y constancia de sus venerables antepasados.

NICOLÁS MAGAL.

## BEATRICE CENCI.

LEYENDA.

*E se non piangi, di che piangerai?*  
DANTE.

En el siglo XVI, llevados los italianos en alas de su genio, cultivaban con esmero las ciencias, las letras y las artes; pero á pesar de que un destello divino inflamaba su pecho, inspirándoles altas concepciones, y recordándoles á cada paso la grandeza de su origen y el resplandor de sus ilustres antepasados, muchas bárbaras instituciones, que habían echado raíces muy hondas por obra de los godos y otros pueblos septentrionales, hacían azarosa su existencia, y perturbaban la tranquilidad de las ciudades mas populosas de la hermosa Italia.

Los señores feudales gozaban de fueros y privilegios que les habían transmitido sus progenitores, y mantenían á su sueldo bandoleros, sicarios y asesinos, prontos á perpetrar toda especie de crímenes, y á acometer á los ciudadanos indefensos y pacíficos, para satisfacer las pasiones ruines y las venganzas del señor, que les escudaba con su alto y prepotente patrocinio.

Sisto V, que desde el fondo de su humilde choza supo elevarse hasta el capitolio, cediendo sus sienes con la tiara, cuyo poder abrazaba entonces el orbe entero; este varón precioso, este pontífice de renombre imperecedero, apenas sentado en la silla del príncipe de los apóstoles, abrasado de celo y de amor á la justicia, concibió el noble proyecto de poner coto á la avilantez, á la tiranía y al poder brutal de los patricios romanos, que por conducto de sus infames satélites perpetraban enormes delitos.

Queriendo, pues, aquel pontífice dar un escarmiento terrible á los señores feudales, que abusaban tan torpemente de su elevada posición, les hizo notificar que se trasladasen á su régia morada en un día determinado y á la misma hora, insinuándoles que debía conferenciar con ellos sobre asuntos muy urgentes que atañían al bien del estado. Aquellos altos personajes acudieron solícitamente á la intimación de su soberano, que les recibió con semblante muy severo, y les habló de esta manera: «Vuestra desenfrenada tiranía y la maldad de vuestros fieles servidores acosan miserablemente los estados de la iglesia; vosotros burláis todos los derechos humanos y divinos, pero el imperio de las leyes bajo mi reinado, será mas fuerte, mas sólido y mas duradero que vuestra tiranía; y para que conozcáis que estas palabras no son amenazas vanas ó una jactancia pueril, mirad hacia lo alto de las ventanas de este palacio.»

La ira y el encono de aquellos patricios al oír el breve, pero tremendo discurso del pontífice, se trocó en espanto y horror, cuando al alzar los ojos columbraron á través de los cristales á los ministros de su iniquidad, colgados de unas horcas levantadas sobre los tejados de las casas, que estaban enfrente del palacio pontifical.

Sisto, mirando entonces con torvo ceño á aquellos personajes, que estaban aun á su alrededor, y que con cara demudada y los ojos fijos en el suelo no osaban pronunciar palabra, añadió en tono de cólera: «Acordaos de este espectáculo que habeis presenciado, y no me provoquéis á mostráros inhumana otro mas terrible.»

El acierto de las resoluciones soberanas del pontífice, la firmeza, la incorruptibilidad, el rigor de los ministros de justicia ahogaron la tiranía de los patricios romanos, pero el reinado de Sixto fué muy corto, y aquel esclarecido varón

no pudo llevar á cabo sus vastos designios, ni arrancar de raíz los desmedidos privilegios y torpes abusos, que enaltecían el orgullo de los patricios, los cuales, acacida su muerte, volvieron á levantar la cabeza, como una serpiente asquerosa en cuyas venas infunden un nuevo calor los rayos ardientes del sol, despues de haber disipado las nubes que habían oscurecido el cielo, vertiendo nieves y granizos sobre las yerbas del campo. Así es, que en la época á que se refiere la funesta historia que vamos á describir, había vuelto á germinar la mala semilla de malhechores y asesinos, pensionados por los señores feudales del estado romano, entre los cuales sobrepujaba, tanto por su riqueza, por su larga clientela y noble alcurnia, como por su violencia, por su altivez y repugnantes crímenes, Francisco Cenci, padre de la desventurada Beatrice.

Su rostro pálido y descarnado, sus ojos hundidos y fruncidas cejas, sus miradas torvas y malignas, su talle delgado, sus pasos tardos y lentos hacían traslucir su alma pérdida y amancillada de terribles delitos. Este hombre, que parecía el hijo primogénito del pecado, y que hallaba todo derecho humano y divino, este hombre, que escarnecía los afectos mas tiernos que la naturaleza ha estampado en nuestros corazones, y que había sido el asesino de su joven esposa, cortándole el hilo dorado de una vida lozana con un brebaje venenoso, prendado de la hermosura y de las gracias seductoras de Lucrecia Petroni, noble matrona romana, quería cautivarse á toda costa su amor, pero esta rechazó con desden las bajas lisonjas de Francisco Cenci, conociendo que nacían de afectos caprichosos é impuros. El candor de su alma y la honestidad que había sabido conservar íntegras en los años de su viudez, quitaban á Cenci toda esperanza de conseguir sus torpes deseos: la brindó, pues, con las promesas seductoras del himeneo, confirmando con repetidos agasajos y ricos dones. La Petroni, aunque no se había mostrado muy propensa á aquel nuevo enlace, no tuvo bastante tesón para rechazar con desden los halagos que trae consigo la opulencia, el fausto y la pompa; y cedió por última á los impulsos de una ambiciosa vanidad, pasión terrible, que ejerce su imperio en el mundo, y encuentra siempre un firme apoyo en el corazón de toda mujer, por altas que sean sus virtudes y sus afectos tiernos, candorosos y nobles.

Ufano Francisco Cenci de haber ablandado á una mujer tan esquivá, apresuró sus bodas, que se celebraron en uno de sus mejores palacios de Roma. Pendían allí de las paredes pomposa y lujosamente ricas colgaduras de varios y deslumbrantes colores, que reflejaban á la luz brillante, que despedían de sí arañas de luciente cristal, adornadas de záfros y esmeraldas. Se veían allí los retratos de los mas ilustres varones que habían pertenecido á la familia Cenci, y la fama de cuyos hechos se había transmitido á la posteridad. En uno de los costados de la espaciosa sala se presentaba á la vista el retrato de un guerrero con su cola de maila y vestido todo de hierro, que llevaba en su pecho el signo de nuestra redención para dar á conocer que había atravesado en tiempos muy remotos los desiertos arenosos y abrasados del Asia, peleando contra los infieles para reconquistar los santos lugares. Estaba mas allá el retrato de un hombre envuelto en una larga toga, y que teniendo en su mano un proceso, parecía mirar con fruncidas cejas y decir: *verenas*. Se veía al opuesto lado el retrato de un hombre de semblante muy severo, y cuyos hábitos significaban que había tenido el alto honor de pertenecer al número de los príncipes de la iglesia. No muy lejos se veían los retratos de dos guerreros que llevaban con un fiero ademán y mucha arrogancia dos largos pendones, desplegados al viento, cuyos colores daban á entender que sirvieron de guía en la edad media á las facciones de los blancos y de los negros que sacudieron hasta en sus cimientos la libertad de Italia. En el fondo de la sala, y en última lontananza estaban los retratos de Francisco y Lucrecia al pie de un altar, y prontos á proferir el voto solemne delante del sagrado ministro.

Pero tanta alegría se trocó muy pronto en tristeza y acerbo dolor. Francisco Cenci, despues de haber satisfecho su orgullo y su vanidad, granjeándose el afecto de Lucrecia Petroni, volvió á sus hábitos antiguos, y desplegó la fuerza de su tiranía y la ferocidad de su alma contra su nueva y tierna esposa. Sus hijos Jacobo, Bernardo y Beatrice, que habían mirado con regocijo aquel himeneo, alimentando una placentera esperanza de que la honesta



matrona con su dulzura y la pureza de sus costumbres amansara la indole perversa de un padre tan crudo, se encontraron sumidos en nuevas y terribles calamidades, y en vez de tener un alivio, desahogando sus pasadas desdichas en el seno de una madre cariñosa, se vieron en el duro trauce de mezclar sus lágrimas amargas con el llanto que vertía la nueva víctima caída bajo el dominio de un hombre, cuyo corazón no latía más que para la ira, el encono y la venganza.

Francisco Cenci, abandonando la ciudad de Roma, se trasladó con sus hijos y Lucrecia á un viejo castillo, que en tiempos muy antiguos había sido morada de sus antepasados, y en donde residían á la sazón bandoleros y asesinos, que eran ministros de su iniquidad. El silencio y la soledad de un campo desierto, las murallas de aquel castillo ennegrecidas por los años, el largo foso que le rodeaba, sus ventanas estrechas y ahumadas, sus almenas góticas y todo el conjunto de su arquitectura le daban un aire de tristeza y de terror. Al mirarlo desde lejos creería el viajero que moraban allí espíritus malignos, y que por la noche á sus alrededores se celebraban las más sacrílegas tragedias. Francisco Cenci, que tenía encerrados en cuevas oscuras y hediondas á sus hijos y á su nueva esposa, les escaseaba hasta los alimentos, y dejándoles muchas veces bajo la vigilancia de sus viles satélites, se alejaba por algunos días de aquella mansión de infamia y horror, vagando solo y triste por los campos desiertos, acompañado de un grueso perro, que lejos de ser para él un símbolo de fidelidad y amor, era el emblema de la malignidad y de la rabia.

Aquellas víctimas, exasperadas, determinaron en su quebranto abreviar los días de su tirano, y Lucrecia Petroni, á la idea acosadora de sus ofensas, y del encono profundo contra Cenci por los ultrajes con que agobiaba á sus propios hijos, añadía también sospechas terribles de que fuesen para *Beatrice* un don funesto, y causa de perpetuo deshonor su hermosura, sus encantos, su inocencia, su candor virginal, que Francisco, hombre de alma corrompida, no estaba muy ageno de salvar con infamia los afectos tiernos de padre. Dominados pues, por el pensamiento del parricidio, lo revelaron á *Beatrice*, pero aquella niña angelical, pálida, descarnada y temblorosa por los daños que la habían ocasionado la lóbreguez y la humedad de su cárcel, y la escasez de los alimentos, nada comprendió del proyecto infame que sus parientes le insinuaban, y sin pronunciar palabra bajó los ojos, y prorumpió en lágrimas acompañadas de sollozos y lamentos. Jacobo, Bernardo y Lucrecia, ensañados aun más á la vista de un espectáculo tan desgarrador, y creyendo á *Beatrice* casi fuera de juicio, y próxima á su hora extrema, determinaron apresurar el golpe fatal, consumando el horroroso crimen.

Uno de los malvados, á quien Francisco Cenci había confiado la custodia de las víctimas desventuradas, conmovido de su muerte lastimosa, les había manifestado afectos altamente piadosos; le comunicaron pues su plan, y para que le animaran á ejecutarlo, le prometieron ricos dones, y le dieron de antemano una cantidad muy subida de algunas monedas de oro, que tenían guardadas en una larga caja, que llevaban bajo sus vestidos. El sicario, codicioso de adquirir riquezas, pero avezado desde largos años á mirar con mucho respeto y sumisión profunda á Francisco Cenci, se quedó suspensa y mudo por largo rato, cuando Jacobo, Bernardo y Lucrecia, jurándole que aquel hecho tremendo sería sepultado en el silencio, y rogándole hincados de rodillas, y con los ojos empapados en lágrimas de dolor y encono, redoblaron sus largas promesas hasta vencer su resistencia. Logrado pues, el deseado consentimiento, Lucrecia Petroni y los dos hermanos convinieron en que el ministro de su venganza penetraría, favorecido por el silencio y las tinieblas, hasta la habitación en donde Cenci procuraba acallar sus remordimientos en el seno del sueño y del olvido; y que encontrándole indefenso y solo, le traspasaría con un largo clavo las sienes, y despues trasladara su cadáver al jardín del castillo, introduciendo en las sienes heridas por el instrumento homicida, el ramo de una alta higuera que estaba bajo la ventana de su dormitorio, y que con otro ramo del árbol mismo le atravesaría el vientro, para que al día siguiente pudieran propalar, afectando sorpresa y dolor, que Francisco Cenci, por funesto caso ó de intento se había abalanzado desde la ventana de su habitación, suicidándose miserablemente.

Había la noche estendido su negro velo sobre todo lo

creado, y la soledad profunda interrumpida por el graznar de las fatídicas aves nocturnas, que revoloteaban alrededor del viejo edificio, acrecentaban el horror de las tinieblas, cuando el asesino, aunque agitado de remordimientos acosadores, entra en el aposento de Francisco Cenci, y se acerca hasta su lecho, ya lanzando pasos inciertos y vacilantes, ya arremolinándose estremecido de terror; pero descubriendo á la luz moribunda de una lamparilla á Francisco inerte y sepultado en el sueño, que se ofrece víctima involuntaria á la traición del que quisiera atentar contra su vida, sobrecojido de la idea terrible de un parricidio, huye precipitadamente, y volviendo á donde estaba la Petroni y los hijos, con cara demudada y voz temblorosa les dice, que arrepentido de su resolución, tenía mucha repugnancia en perpetrar un crimen tan alevoso. Pero aquellos, amedrentados de que se descubriera su plan, y ciegos de furor, apostrofaron ignominiosamente al que habían destinado para instrumento de su venganza, y le llamaron vil y cobarde, pero despues, pidiéndole perdón, le recordaron entre sollozos y gemidos su desventurada situación, y le ofrecieron gran parte de los tesoros de Cenci, obligándole de esta manera á cobrar valor, y á satisfacer sus deseos. Aquel hombre, endurecido en el crimen, suponiendo que una obstinada resistencia pudiese dar margen á que se le creyera falto de valor, sin protestar más, vuelve al aposento de Francisco Cenci, y ejecuta el proyectado parricidio.

Al despuntar el alba se encontró el cadáver de Cenci, que colgaba de las ramas de la infausta higuera, tan desfigurado y negro como el del vendedor de Cristo; y la gente, aterrada al mirarle, recordaba con estremecimiento los vicios que amancillaban el alma de Francisco Cenci, y atribuía su muerte á la cólera y á la venganza del Hacedor Supremo. Lucrecia, Jacobo y Bernardo, compadeciendo con fingido dolor é hipocresía un suceso tan funesto, dejaban al cabo de pocos días el castillo, volviendo á su palacio de Roma llenos de contento, y llevando consigo á la desdichada *Beatrice*, cuyo corazón oprimido por los pasados desventuras, le vaticinaba nuevas y terribles desgracias, á pesar de que su alma pura no hubiese participado del crimen alevoso, que había quitado del mundo á Francisco Cenci. Pero Lucrecia y los hijos esperaban que se perdería toda traza del parricidio, por haber partido á Nápoles el asesino á quien habían colmado con sus dones; cuando uno de aquellos acontecimientos á que no alcanza la humana previsión dispuso todas sus esperanzas, y acarrió su última ruina.

El sicario instrumento de tanta iniquidad, llegado un año despues á su hora extrema, y despedazado por remordimientos acosadores, reveló en su agonía el parricidio cometido en persona de Francisco Cenci para que se publicara á los tres días de su muerte. Trasmítida aquella noticia á Roma, Clemente VIII, que ocupaba entonces la silla apostólica, estremecido de horror mandó arrestar á la familia Cenci, sujetándola á los tribunales para que indagaran todos los pormenores de aquel terrible acontecimiento, y fallaran sin retardar según el rigor de las leyes.

Lucrecia Petroni, Jacobo y Bernardo negaron con arrojo el crimen que se les imputaba; pero la desafortunada *Beatrice*, derramando lágrimas invocaba al cielo como testimonio de su inocencia. Entonces fué, cuando Ulises Moscatti, destinado á la instrucción del proceso, mandó torturar á los acusados, quienes, no teniendo fuerza bastante para sufrir impávidos, y sofocar la voz de su conciencia, apenas sujetos al tormento, confesaron su delito, á escepcion de la desdichada *Beatrice*, que lejos de manchar su alma pura con una mentira, que la declararía criminal y parricida, arrojó con fuerza varonil la tortura, proclamando su inocencia en los dolores más estremados, que la dislocaban sus miembros tiernos y delicados. Pero la atrocidad del crimen, y la firme resolución del pontífice en que se castigara según el rigor de las leyes á los autores del parricidio, hicieron sujetar nuevamente *Beatrice* al tormento. Envuelta la desventurada víctima en una túnica blanca, que dejaba descubiertos sus brazos de marfil, el verdugo la ató los puños con una cuerda, que colgaba de una garrucha clavada en el techo y cuyo cabo, que tenía estrechado en sus manos, tirando con violencia, levantó del suelo el cuerpo delicado de su víctima, pero aflojando luego, y deteniendo de pronto la cuerda misma, sufrió *Beatrice* un fuerte sacudimiento, quedó en el aire sofocada de su propio peso; pero con los dolores y los pasmos de la muerte, sin desmentir su inocencia.



za y medio desmayada, decía con voz débil y lamentosa: «¡Oh! Virgen santa, no me abandonéis en tan duro trance vos que conocéis el candor y la inocencia de mi alma.» Ulises Moscatti, no pudiendo resistir más á un espectáculo tan lastimoso, mandó, vertiendo lágrimas, que se soltase la víctima, y que se la prestasen todos los remedios, que pudiesen aliviar sus quebrantos en tanta aflicción.

Llegada á los oídos del pontífice la noticia de lo acaecido, relevando á Mises Moscatti de su cargo, confió el proceso de Cenci á César Lucini, hombre de brutal rigor, y cuyo corazón estaba cerrado á todo afecto compasivo. El nuevo juez se trasladó á la cárcel de *Beatrice*, y mandándola comparecer ante sí, la hizo entrar en un gabinete colgado todo de negro, cuyas paredes reflejaban una luz opaca y moribunda. César Lucini, sentado en medio del aposento, se apoyaba en una mesa, teniendo enfrente la imagen del Crucificado, á la derecha los santos evangelios y á la izquierda una cabeza de muerto con las sienes huecas y ensangrentadas. La doncella desventurada, pálida y desfigurada por los horrores de la cárcel y los tormentos, se arrojó á la vista de objetos tan terribles, pero César Lucini, la dijo con acen-

to ronco y fiero: «Acercaos, parricida, y confesad vuestro crimen, si quereis que os perdone el Crucificado; mirad esta cabeza; mirad sus sienes huecas y ensangrentadas, y acordaos que fueron traspasadas con un clavo homicida por vuestro mandato.» *Beatrice* entre tanto protesta ser inocente, y cae desfallecida en los brazos de los ministros de justicia que la habían sacado de su calabozo para llevarla al gabinete de Lucini, el cual, viéndola privada de sentido, esperó friamente que volviese en sí, y siguió vilmente diciéndole: «No creáis que vuestra juventud, que vuestros encantos, que los halagos de vuestro sexo hagan mella en mi pecho; confesad vuestro crimen, sino dormireis en un lecho mas blando que el de *Procuste*, que os he preparado. Era este el tormento mas atroz que había inventado la crueldad humana en los tiempos de barbarie. El cuerpo del paciente, cubierto de una túnica muy sutil, se tendía de espaldas sobre una larga tabla, sembrada de guijarros puntiagudos, en donde se le ataba, y despues por medio de una soga, que pendía de una gran garrucha, se le columpiaba con violencia, así que, por la fuerza que comunicaba á la soga el desapiadado balanceo, los guijarros laceraban las carnes del



torturado. *Beatrice* arrojó con dentado este nuevo género de tormentos, y con los ojos empapados en lágrimas entre lamentos y sollozos protestaba cada vez mas su inocencia, pero Lucini, inspirado por su demonio, viendo á *Beatrice* casi exánime, y conjeturando que en su debilidad, cualquiera nueva y fuerte impresion le arrancaría la confesion deseada, mandó suspender el cruel tormento, é hizo entrar de repente en el oscuro calabozo á Jacobo Bernardo y Lucrecia, á quienes había dado á entender que evitarían la estrema pena si *Beatrice* no persistía en su negativa. Aquellos desventurados, impelidos por una esperanza falaz, se hincaron de rodillas delante de la niña infeliz, asegurándole que el áncora de su salvacion se apoyaba en que ella afirmase lo que Lucini quisiera. Entonces *Beatrice*, vencida por el dolor y la piedad, afirmó todo lo que Lucini le sugirió; pero al cabo de pocos dias cayó el terrible fallo de muerte sobre la cabeza de los acusados. Clemente VIII, solicitado por los mas altos personajes para que agraciara al menos á *Beatrice*, no quiso acceder á los repelidos ruegos, y solo trocó el estremo suplicio en prision perpétua á Bernardo, porque era todavia menor de edad. Recibiendo las demás víctimas los últimos consuelos de la religion, fueron llevados al patibulo.

Jacobo subió al cadalso tembloroso, y fué degollado con el hilo cortador de un acero, para que fuese su muerte mas cruel y dolorosa; Lucrecia se abandonó desvanecida al hacha homicida, pero *Beatrice* avanzó impávida y serena al suplicio que la aguardaba. El verdugo quería apretarla el velo blanco que la ceñía la cabeza, y la bajaba hasta los hombros, pero la doncella, echándole una mirada desdenosa,

dijo: «Aléjate de mí, que no tuve nunca hombres semejantes que me sirvieran;» y sin pronunciar mas palabras, levantó los ojos al cielo, como á su última morada, y se ofreció en holocausto al Creador de todas las cosas. La sangre que brotó de su tronco manchó el blanco velo, y aquellos colores tan diversos dieron á conocer á los espectadores, sumidos en una aflicción profunda, que la victima martirizada había llevado consigo al sepulcro un corazón puro y el candor de su virginidad.

El viajero que atraviesa la ciudad de Roma, mira aun con pasmo en la galeria Berberini el retrato de *Beatrice Cenci*, hecho por el famoso Guido Reni. Aquella imagen, animada por el pincel divino del artista, inspira pureza de afectos y ternura en los corazones sensibles, y parece decir en mudo lenguaje al viajero: ¿Podrá cobijarse bajo formas tan angelicales la idea terrible del parricidio? ¿Fui desventurada y no criminal!... Derrama una lágrima de dolor sobre mi tumba, pero deplora aun mas, oh viajero, la injusticia de los hombres!...

SALVADOR COSTANZO.

Dirección, Redacción y Oficinas calle de Jacometreo, número 26.

MADRID. En una 2 rs. 200. EN AÑO 200. - Librerías de Posada, Escala, Mayor, Molate, Jalmeha, Caspér y Boig, Poupart, Villa y la Publicidad, litografías de Peláez y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS. Tres tomos 2 2/3, Sols 2 2/3. - Remitiendo una libranza sobre correo franco de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometreo, n. 26, ó en las principales librerías.

MADRID: Imp. de A. MONTAÑA Y COMP. calle de la Calagata, núm. 4.